

transformarla en pueblo, organizado y estructurado en las especializaciones de la cultura y de la vida, esa tarea sólo será posible desde la unidad, desde un conocer global tal como lo facilita la Teología y lo imparte por necesidad la Iglesia en su irradiación social.

Fernando Toscano S. J.

INFORMATIONS CATHOLIQUES INTERNATIONALES

-Après l'avortement de madame Finkbine: Un crime a été commis-

Núm. 175. 1-9-62, pg. 7

En rigor no se trata de dialogar solamente con ICI, sino con infinidad de periódicos y revistas. Sin temor a exageración, se puede afirmar que el caso de la Sra. Finkbine ha encontrado eco en la prensa mundial. ¿Un abuso más del sensacionalismo periodístico.? Uno no se atrevería a responder con un sencillo sí o no. Porque se siente la tentación de admitir que la prensa encontró un atrayente cebo para el lector de nuestro tiempo y que se esforzó por presentárselo a todo color. Pero hay que reconocer también que el tema toca algo sustantivo de nuestra moralidad: la prensa (publicaciones que en otros campos gozan quizás de auténtico prestigio) ha puesto sobre el tapete de lo opinable la licitud o ilicitud de atentar directamente contra la vida de un hombre inocente.

Para un católico no hay otra respuesta que la de Radio Vaticano, recogida por ICI: "Un crimen ha sido cometido".

La historia es conocida. La Sra. Sherri Finkbine, locutora en la TV americana, madre de 4 hijos, esperaba el quinto. Desde el principio del embarazo fue administrándose regularmente un calmante, la talidomida. Tiene noticia más tarde de que con frecuencia provoca el nacimiento de niños deformes y, aconsejada por un médico, la Sra. Finkbine decide hacerse abortar. No pudiendo obtener la autorización en EE. UU., se traslada a Suecia en donde, con permiso del Real Consejo de Medicina, es operada el 18 de agosto. Según el cirujano, el feto presentaba pruebas inequívocas de deformidad.

Se han aireado durante estos meses y en todas las lenguas las razones en favor del aborto directa y voluntariamente procurado. Se trata de las elegantemente llamadas "indicaciones":

La *eugenésica* considera "indicado" aniquilar en el seno materno la vida de quien va a entrar en el mundo con taras y enfermedades;

La *social* justifica el aborto cuando el niño ha de ser para su madre o familia un peso social o económico demasiado fuerte;

La *médica* parte del peligro directo e inmediato para la vida de la madre (indicación *vital*) o del peligro que se presentaría más tarde (indicación *profiláctica* o *terapéutica*).

Pero frente a todas estas "indicaciones" la Iglesia mantiene el supremo dominio de Dios sobre la vida y la muerte, y la prioridad del derecho a la vida de un ser inocente que se desarrolla en el seno materno. Y consi-

dera la Iglesia tan irreformable su postura, que sanciona "ipso facto" con excomunión, reservada al Obispo, a todo aquel que practique el aborto. Ir directamente contra el dominio absoluto de Dios sobre nuestra vida y contra el derecho indeclinable del niño a vivir, será siempre intrínsecamente malo. Y jamás se justifica el uso de un medio pecaminoso para conseguir un bien social, familiar o individual sea del orden que sea. Ni éste es el lugar de explicar cuándo tal o cual operación está permitida, aun con peligro de la vida del niño, porque este riesgo no se busca directamente —según la naturaleza de esa intervención concreta—: sería entrar en el inmenso campo de la casuística moral.

Mas adviértase, de paso, que la Iglesia defiende como nadie la grandeza de la maternidad. Porque ser madre es, en el plano natural, lo más parecido en el hombre a Dios creador. Condición esencialmente altruista; en los antípodas del cálculo comercial ("do ut des"). Entrega "sin condiciones" de la vida a otro; como Dios, que —pudiendo— no elige el camino sencillo de nuestra aniquilación cuando le "estropeamos" sus planes, sino que, a nuestro modo de ver, tira piedras sobre su propio tejado, al conservarnos esa existencia con que le ofendemos. Y todo porque, como creador, quiere dar y nada más que dar. Y ésta es precisamente la perla más preciosa en su gloria de creador. Misterios de un Amor divino desinteresado, incomprensible. Y, en su tanto, paralelamente, misterios del amor maternal, reflejo del anterior, que los hombres de todos los siglos hemos admirado, agradecido y, en buena parte, incomprensido.

Los hombres de hoy, embarcados en tantos problemas técnicos y científicos exclusivamente fenoménicos, vamos perdiendo el sentido del misterio y con ello no hacemos más que recortar las alas de nuestro conocimiento y amor. Esto en general; como botón de muestra, ahí tenemos las "indicaciones" para el aborto: porque ignoramos el misterio de la maternidad y su grandeza; ahora bien, lo ignorado difícilmente puede ser amado.

Valentín Matilla S. J.

